

CRONICAS DE LA OTRA ASTURIAS

TIPOS HUMANOS: EL CARTERO, EL MOLINERO Y EL LECHERO

- ☆ Una carta tarda cuatro días en llegar a Oviedo.
- ☆ El teco (6 kilogramos) y la fanega (50 kilogramos), medidas que se utilizan en el molino.
- ☆ El único joven que no emigró de la Caba es el lechero.

Texto y fotos: Manuel ALVAREZ VAZQUEZ

LOS adultos son gente sencilla, campechana y muy buenas personas. Los hay de todos los oficios: herrero, maderero, peluquero, molinero, etcétera, pero siempre como segundo oficio, pues primeramente son todos labradores.

EL CARTERO

En este pueblo no hay comunicación directa con el exterior, no hay ningún aparato eléctrico, sólo los transistores a pilas funcionan a partir del atardecer, pues por el día hay gran número de interferencias.

La única forma de comunicación directa con el exterior es el correo, pero una carta tarda cuatro días en llegar hasta Oviedo.

Angel López Lastra, de cincuenta y seis años de edad, más conocido como "Angelito", es el cartero. Nació en la Caba, durante su infancia fue pastor de ovejas y cabras; todos los días las sacaba para llevarlas al monte, labor que hizo desde los diez hasta los dieciocho años.

Luego fue llamado a filas, incorporándose en La Coruña y lo enviaron a Teruel, en el frente de Villarquemado. En uno de los combates una bala explosiva perdida le dio en el antebrazo, rompiéndole el hueso. La explosión lo tiró al suelo y, cuando se dio cuenta, estaba arrastrándose hacia retaguardia, para que los camilleros lo atendiesen. Había una gran nevada. Era el 21 de diciembre de 1937. Fue trasladado al hospital de Zaragoza, donde le practicaron las curas de urgencia, evacuándolo seguidamente a Burgos, y luego a Orense, de hospital en hospital; en este último estuvo dos meses y allí le operaron la infección del brazo. Los doctores hablaban de cortárselo, pero él prefería morir, antes que perder el brazo. Fue al tribunal en La Coruña, que lo dio exento del combate, regresando a la Caba.

En el pueblo se puso a trabajar, con su brazo inútil, en el campo, y al poco tiempo creó la cantina del pueblo. Traía el vino en pellejos que transportaba al hombro desde Villarcnao, a siete kilómetros. También iba en burro hasta Fonsagrada, para traer mercancías.

El 31 de enero de 1942 fue nombrado cartero, empleo que tiene en la actualidad. Por aquellos años tenía que ir cada dos días a Castro, iba caminando, es cartero de a pie, con madreñas de clavo y escaurpín. Le tocaron nevadas de más de medio metro en el alto de Trabada, dificultando el avance.

Hoy, un día cualquiera, es así: despierta a las siete y media de la mañana, ensilla el macho para el viaje, y a los ocho comienza. Baja hasta el río Agüera e inicia el ascenso hasta Pinigüeira, de trescientos a ochocientos metros de altitud, en una pendiente muy pronunciada. Continúa por llano hasta Trabada, durando más de una hora el viaje. En la cartería de Trabada recoge la correspondencia de salida que haya y continúa caminando.

Baja hasta el río Cabaños por un sendero estrecho y poco transitado, debido a que la carretera pasa por arriba, pero es más larga y le lleva media hora más de viaje. Cuando el tiempo es muy malo va por carretera, pero su sueldo es por kilómetros medidos por el sendero.

Cruza el puente del río e inicia la subida a Cas-

tro, más pendiente que las anteriores.

Llega a Castro a las diez y media y entrega la correspondencia al cartero de allí, que será llevada a las seis de la tarde hasta Grandas de Salime, y recoge las cartas para la Caba y Trabada, que llegaron en el autobús de las diez, desde Grandas y con dirección hacia Lugo.

A las once acaba y sale de regreso, por el mismo camino, hasta la Caba, llegando a la una de la tarde, agotado y molido, jadeante y sofocado por las subidas y bajadas del camino. Son unos diez kilómetros. Lo hace con todo tiempo, calor y frío, lluvia y nieve; el correo no falla y debe ser permanente. En los meses de invierno sale a las siete de la mañana, cuando aún es noche cerrada, va sin linterna, ya conoce el camino de memoria y a ojos cerrados. Durante el verano sale a las seis de la mañana; al volver el calor es sofocante. En una ocasión traía unas botellas de gaseosa en las sacas y debido al calor le explotaron.

Lleva treinta y dos años en servicio para los demás; abastece al pueblo de las cosas más necesarias y algunos encargos. A lo largo del tiempo, hasta 1950, iba cada dos días, y ahora a diario. Ha recorrido un largo camino, que no se acaba, a pesar de no ser ya un joven fuerte.

Después de regresar se pone a trabajar en la tierra y en el ganado, saca nabos, da comida a los animales y hace otros muchos trabajos, hasta que llega la noche.



El lechero, único joven del pueblo.



A la puerta del molino

Es un hombre bueno y sencillo, que no da importancia al hecho de hacer camino, a pie, paso tras paso. Alguna vez lleva el mulo para traer sacos de pienso y otras cosas, pero es "cartero de a pie".

Está sentado a la mesa y se frota la barba de dos días, luego acaricia el pelo de la casa; si hay gente jugamos la partida al tute, para ver quién tiene el honor de pagar una media de vino que se consume.

Después de la partida cada uno va a su casa; él tendrá que madrugar mañana y, en solitario, volverá a realizar el mismo viaje, que en ocasiones es de vacío de ida y vuelta. No hay correo, pero sí cartero. Es su trabajo.

EL MOLINERO

Bajo nuevamente hacia la capilla y la cantina, paso por entre casas, la mayoría deshabitadas, algunas en ruinas. Descendiendo por un camino que cruza bajo algunas parras que lo sombrearán en el verano, pero que ahora están peladas; el camino está empedrado en su mayoría, el río discurre más abajo y en dirección contraria a la mía y su murmullo se hace cada vez más fuerte.

Doblo un recodo y veo una pequeña casa junto a un puente de madera. Es el molino, única industria mecánica de esta aldea. Fue construido hacia 1907 por Salustiano de Sarceda, que estuvo com molinero hasta el final de la guerra. Vivía de lo que co-

braba por moler, pues era uno de los mejores molinos de toda la zona y venían de los Ocosos, de Lugo y de Grandas a moler en él. Después vendió el molino.

A pesar de los años todavía funciona perfectamente, movido por agua, pues con la llegada de la electricidad se cambió la fuerza motriz en los molinos de algunos pueblos. Pero éste permanece original.

Se encuentra al fondo del valle y bajo una peña vertical de más de cien metros de altura, llamada el Pezcedón.

El interior está como pintado de blanco, debido a la harina que se levanta como polvo y se pega por todos los sitios. Consta de dos molares, cuatro

pedras; francesas, que fueron traídas en carretas tiradas por bueyes desde Fonsagrada, por Barbeitos, la Trouza, la Yonca, la Yonquina y la Caba.

El molinero es un hombre tranquilo, con aspecto de buena persona, acaba de llegar, son las doce de la mañana. La helada que cayó esta noche todavía dura y para quitar el frío enciende un fuego, luego se pone a su trabajo.

Eufrasio Braña Rodríguez se pone un mono azul para protegerse del blanco de la harina; tira de una palanca, el agua impulsa el rodil y comienzan a girar las piedras; luego da vueltas a una rueda y junta las piedras, el grano comienza a caer y ser triturado; por la parte inferior comienza a caer, ya molido.

En la parte superior hay una pirámide invertida y abierta por la base, donde está el grano, que va desapareciendo por un agujero central. En uno de los lados hay chinchetas clavadas, que sirven, según me explicó, para medir lo que se muele.

La gente lleva el grano a moler desde los pueblos vecinos: Vitos, Villarquille, Trasmonte, Quintela, etcétera. Las medidas típicas aquí son el teco (equivalente a seis kilogramos) y la fanega (unos cincuenta kilogramos).

Eufrasio Braña, conocido como "Horacio", tiene cincuenta y seis años. A lo largo de su vida fue infinidad de cosas: pastor, sacristán, soldado en el noveno batallón de Burgos número 31, siendo herido en el frente del Ebro. Trabajó en la construcción del salto de Salime, donde ganaba poco; en ocasiones llevaba sacos de cincuenta kilogramos de castañas al hombro, hasta el salto, y las vendía, asadas, a los obreros; hacía frío y se comían en cantidad. Trabajó en varios sitios de la obra. Después fue chatarrero durante más de dos años; para ayudarlo en el transporte compró un burro, llamado "Perico", que todavía vive, pero es muy viejo. Después fue vendedor ambulante, compraba huevos y pollos y los vendía en Vegadeo, donde compraba sardinas, aspirinas, cacharros de cocina y lo que le encargasen. Continúa trabajando en la casa durante los años que siguieron y fue también lechero del pueblo durante varios años.

Desde hace más de un año es el molinero; ejerce su oficio los martes, viernes y domingos, durante todo el día, siempre que haya gente para moler grano. Cobra en grano la operación de moler, 4 cuartillos (unos dos kilogramos) por cada fanega.

EL LECHERO

Antonio Rodríguez Pérez, de treinta años, es el único joven que no marchó de la Caba; nació aquí y vive aquí, es el lechero del pueblo desde hace tres meses. Cada dos días sube los cinco kilómetros que separan a este pueblo de Villarquille, transportando unos cincuenta litros de leche, que lleva en bidones, a lomos de un mulo.

Sale de la Caba a las ocho de la mañana y llega a las nueve, para entregar al lechero de Trasmonte, que en carro la lleva a San Martín. Antonio regresa de vacío. A las once está en la Caba. También es el encargado de cumplir y traer los encargos que le hace la gente del pueblo. Monta arriba y montaña abajo, para ganar algo con que vivir. Al regreso tiene que trabajar en las labores del campo.